

LA NORMALIDAD SOSPECHOSA

Calvo Sotelo, hablando en Bonn —para repetir, una vez más, su definición de «democracia vigilante» para desmentir la idea de la «democracia vigilada», emitida por algún periódico— ha explicado la rapidez del «regreso a la normalidad» de España después de los sucesos

del 23 de febrero. Esto parece indicar que el presidente del Gobierno supone que una situación como la actual puede definirse como de «normalidad». Con un partido gubernamental roto, que se hace a sí mismo obstrucción en las Cámaras, con una oposición desvalida y despavorida, con una ola de decretos destinados a restringir el uso de la democracia fácilmente pasados por el Congreso, con un aumento de embrollos y de enfados en el proceso del «Estado de las autonomías», con un paro que va creciendo de una manera geométrica y unos empresarios discolos y aguerridos frente a unos obreros que miran, atónitos, a sus sindicatos y a su bolsa de la compra, con una angustia eclesiástica y una inquietud militar y una reserva del capital, nos tememos mucho que la palabra «normal» no corresponde exactamente al sueño del ciudadano ejemplar.

No es solamente todo ese grupo de irresoluciones sobre hechos concretos y expresos lo que nos separa del concepto de normalidad: es un ambiente y un malestar que no cesa. Ninguna de las situaciones se zanja ni resuelve. Los sucesos del 23 de febrero tienen una larga cola de cometa que domina el firmamento político: se tiene la impresión de que todo gira en torno a ello, que hay como la sensación de un golpe que no cesa, de una especie de justificación de lo injustificable por parte de sectores muy poderosos de la sociedad española. Un suceso como el secuestro del industrial valenciano Luis Suñer deja también una espuma sucia de irregularidades, de pugnas entre sectores de poder, de complacencias y de acusaciones. Nada parece ir encajando en la Constitución; y para hacer que algo encaje no se ordena ni se prepara una revisión constitucional —demasiado peligrosa—, sino una especie de «segunda lectura» que ha de realizar un equipo de juristas. Mientras llega se regatea en todo lo que parecía ya cuadro de vida en común.

La «normalidad» del presidente del Gobierno no coincide con la vida real. No se ajusta a lo trazado, a la serie de esperanzas que se han puesto en los últimos años. Cada día trae una sorpresa, cada sorpresa es ingrata, y las soluciones son sólo parches mal adheridos, que dejan de las heridas por todas partes.

Ahora bien, si lo que se entiende por «normalidad» es la ausencia de una anormalidad mucho más grave, de la vuelta a un régimen por lo menos autoritario, a la suspensión de garantías y de libertades, a algunas cazas de brujas: la imitación de Argentina, Chile o Turquía, es evidente que es algo satisfactorio. Pero no parece demasiado ético, o demasiado convincente, este juego de comparaciones. Se aproxima mucho a una presión, a una manera de asustar para hacer ceder; a una política coactiva. A un tratamiento infantil de la sociedad española: niños castigados si no son suficientemente buenos como para seguir un paternalismo que ni siquiera tiene el premio del orden, de la seguridad en el empleo, del equilibrio de precios y salarios.

No es grato vivir del mal menor. Sobre todo cuando se sabe que podía ser mucho menor que el que tenemos: a condición de que no replantearan todos los días, durante años y años, cuestiones que tentan que haber sido resueltas desde un principio, y sobre las cuales parecíamos estar de acuerdo todos los españoles. Labor del Gobierno y fuerza de la oposición es la de recordar aquellos acuerdos y no permitir que nadie se zafe de ellos por la amenaza o el miedo. ■

Es difícil saber qué lugar ocupa España en el espacio exterior. Qué lugar económico, cultural, militar, diplomático. Esta indefinición no es enteramente un problema de la democracia, ni siquiera del régimen anterior; es un problema de siglos, de la frustración de los tiempos en que España quería no definirse frente a ese espacio exterior —el mundo—, sino definir el mundo con respecto a ella. De esa frustración mal asumida, casi insoportable, quedaron apenas algunas frases —esa tristísima imbecilidad de «la reserva espiritual de Europa», o esa vetustez de la «madre patria» para vincularse al grupo latinoamericano— y una cierta agresividad. Pero la democracia tiene algo que ver con el malestar de la indefinición actual; con la frustración contemporánea. Para ciertas clases de poder, para algunos sobrevivientes de la antigua indigencia, la democracia era un pago que había que hacer para obtener los beneficios de una europeización, de una occidentalización, de una cierta parte en el reparto de unas riquezas. España estaba marginada —se les decía, o se decían a sí mismos, como consecuencia de un régimen reprobado.

Hay una ideología europea occidental, y esa ideología ganó una guerra muy dura; la perdió otra ideología —la de la dictadura, la de las formas y residuos del nazismo, la antidemocrática— en la que España se había inscrito, y aún se mantenía, buscando disfraces verbales, eufemismos, literatura de «Boletín» legislaciones equívocas que, finalmente, no engañaban a nadie. Había que adoptar la nueva terminología y por lo menos algunas realidades: partidos políticos, parlamento abierto, prensa libre, derechos de huelga y manifestación. A cambio, podríamos ser una nación más entre las naciones prósperas que comenzaban a partir de los Pirineos; y las clases dominantes prevalecerían, como prevalecen en ellas.

Se hizo el gran sacrificio y no ha pasado nada. No estamos en el Mercado Común. Ahí están los franceses, al otro lado de los Pirineos que pensábamos en borrar —demasiado tarde— oponiéndose a que entremos en la Comunidad en, por lo menos, diez años —ya inventarán otra cosa en 1991— y sin siquiera querer cooperar en la lucha contra el terrorismo. Y las otras naciones dejando que sean los franceses quienes formen el tapón, pero no mucho más decididas. Ahí están los ingleses, sin devolvernos Gibraltar. Y los marroquíes —los moros, que hace un puñado de días servían para escoltar a Franco— encautándose de nuestros pesqueros ya en racimos